



TRIQUITRAQUE

Número 62 | Mayo 1944 | Vale C\$ 0.10

TRIQUITRAQUE

SAN JOSE, COSTA RICA, MAYO DE 1944

Dirección: CARLOS LUIS SAENZ

Administración: LUISA DE GONZALEZ

RESULTADO DEL CONCURSO

SAN JOSE

Matilde Matamoros J.
Rafael A. Abarca
Flora Valverde
Aura Barrantes Corrales
Cecilia Granados R.
Mercedes Sequeira Z.
Daisy García L.
Teresa Barrientos
Marco Aurelio Díaz V.
Viria Moya
Ligia M^ª Rosales

CARTAGO

Sonia Velázquez
Diana Esquivel
Fernando Agüero M.
Olga Valverde A.
Carlos Alberto Chacón
M^ª Eugenia Velazco M.
Claudio Rojas H.
Manuel de Jesús Fuentes O.
Juan Jiménez Cordero
Elida Hernández C.
Eladio Carranza Cordero

ALAJUELA

María del Socorro Salas M.
Ester Ruiz S.
Cito González
Waldemar Castro
Mario Arias C.
Julieta Jenkins S.
Alicia Vega R.
Otto Zamora
Eduardo Bustamante
Carolina Avila C.
Eva Ruiz Rojas

HEREDIA

Grace Fuentes Víquez
Maurilio Rodríguez Ch.
Jorge Fonseca V.
Flora Castro L.
Oldemar Hernández S.
Francisco Dall'Anese

TRIQUITRAQUE es recibido con entusiasmo por los niños y maestros de todo el país

Atenas, 14 de abril de 1944.

Sra. Administradora de la Revista Triquitraque
doña Luisa de González
San José

Estimada Señora:

Como maestra de la Escuela José Carlos Umaña de Atenas, tengo el gusto de pedirle doce docenas de Triquitraque, para colocarlos entre los escolares. Es una revista muy del agrado de los niños y es de estimular el esfuerzo de Uds. por mantenerla al alcance de todos.

Muy aenta servidora suya,

Marina Rojas Hernández

Sarchí Norte, 29 de marzo de 1944.

Sra. Prof. Luiso González
San José

Estimable señora:

La revista Triquitraque tiene gran aceptación en el mundo infantil; con la sonrisa en los labios, que exterioriza su regocijo, piden el número mensual de la revista. Aquí, en esta escuela, también de Uds., pueden distribuirse hasta 100 ejemplares. Yo me hago cargo de la distribución.

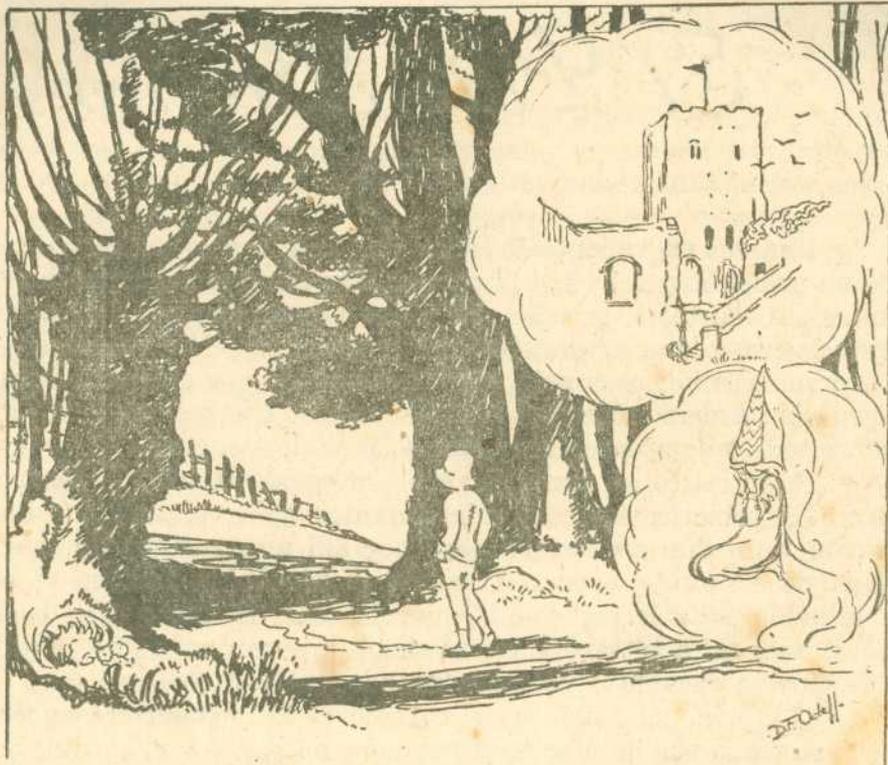
En nombre del Personal Docente reciba un afectuoso saludo.

Atentamente,

José Edwin Rojas
Director Escuela

PUNTARENAS

Lucía Delgado E.
Irma Micó
M^ª de los Angeles Porras
Alba Flora M.
M^ª Cecilia Arguedas R.
Arnoldo Delgado G.
Zacarías Aguilar R.
Juan de Dios Guerrero
Rodrigo Alán
Oscar Muñoz



El Recodo del Camino

De^a Katherine Ellis Barret

Hay un sombrío recodo en el camino;
yo nunca he estado en él.

De seguro que allí se alza un castillo
para una Reina hermosa y un gran Rey;
el castillo tendrá una alta torre
llena de musgo y hiedra... En ella quizá esté
una blanca Princesa prisionera
que a la ventana llega para ver
si en la tarde dorada, allá a lo lejos,
viene el Príncipe Blanco en su corcel.

¿Qué habrá en ese recodo del camino
de oro sombrío en el atardecer?

(Arreglo de C. L. S.)

El Pato Blanco

Cuento

Una vez un valiente Príncipe casó con la más hermosa Princesa de un reino. Muy feliz era la pareja. Más como la felicidad dura poco entre los mortales, sucedió que a las pocas semanas de casados, el Príncipe tuvo que emprender una larga expedición guerrera. Al separarse de la hermosa princesa le recomendó que en tanto durara su ausencia no abandonara sus habitaciones, no tratara con gente mala y sobre todo, que no prestara oídos a las malas lenguas.

Muy triste se quedó la princesa en su palacio. Y pasaron los días. La princesa acostumbraba sentarse a la ventana que daba al jardín y un día que lloraba pasó por allí una anciana de sencillo y bondadoso aspecto, encorvada sobre un báculo; la anciana se detuvo y le habló así a la princesa: "Querida niña, el llanto afea las caras hermosas; sal a tu jardín y diviértete un poco, para que tu valiente Príncipe te encuentre hermosa cuando vuelva."

La princesa halló que el consejo de la anciana era bueno y al fin abandonó sus habitaciones y salió a pasear por el jardín, haciendo ramos de rosas y de lirios y descansando a la sombra de los copudos árboles.

Un día en que la Princesa reposaba a la sombra de un verde pino, volvió a pasar la anciana. Se detuvo y le dijo: "Princesa, mira el arroyo resplandeciente que pasa cantando por tu jardín; el sol es abrasador, pero el arroyo es fresco y delicioso. ¿Por qué no te bañas en él?"

"¡Ah, no! exclamó la princesa. Me daría miedo'. Pero la anciana le dijo que ella cuidaría su baño; que no había nada malo en bañarse en el agua fresca.

Bueno, la Princesa decidió bañarse. Se quitó los vestidos y se metió en el agua. No bien la vió en el arroyo, la anciana corrió hacia ella y la tocó en la espalda con su báculo al mismo tiempo que decía: "¡Encanto, encanto, ahora nada como un pato blanco!"

Al momento la Princesa quedó convertida en un hermoso pato, más blanco que la inmaculada tela de lino. La vieja, que era una hechicera tomó los vestidos de la princesa y con ellos se atavió; por arte de magia tomó la apariencia de la infeliz Princesa.

Así tomó el lugar de la verdadera Princesa en el palacio y ocupó sus habitaciones. Y pasaron y pasaron los días y las semanas. Allá una tarde, en cuanto la hechicera oyó ladrar al perro y tocar la campanilla de la puerta, corrió a recibir al Príncipe que regresaba. El

Príncipe no echó de ver que aquella no era su esposa ¡tanto se le parecía! Si bien notaba que ya no tenía la bondad de antes, aunque la hermosura fuese casi la misma.

Y sucedió que el hermoso Pato Blanco puso tres huevos de los que nacieron tres patitos dorados. La pata los criaba con todo esmero: los paseaba a lo largo del arroyo, los enseñaba a pescar pececillos, les alisaba las plumitas, les enseñaba a volar y a hablar. Y les decía: "Hijitos, no vayáis al palacio del Príncipe, allá vive una mala bruja que puede perderos como a mi me perdió con sus malas artes."

Cuando los dorados patitos crecieron un poco, y podían volar muy bien quisieron conocer el palacio del Príncipe y sin decirle nada al Pato Blanco, su madre, un buen día volaron y volaron hasta llegar al palacio. Descendieron y se fueron a posar en el patio. La hechicera los reconoció al momento, y rechinó los dientes llena de rabia. Pero salió al patio y fingiendo mucha bondad invitó a las tres aves a pasar la noche en las habitaciones del Palacio. Les preparó un gran festín con excelentes comidas y bebidas. Después los puso a dormir en camas de plata con colchones de plumas. Y cuando estuvieron dormidos mandó a sus criados que encendieran el fuego, que colocaran una marmita en las llamas y que prepararan sus cuchillos. A media noche, abrió la puerta del dormitorio donde reposaban las tres aves y dijo: "¿Hijitos, estáis durmiendo?"

Los dos mayores dormían profundamente; el menor velaba, pensando en su madre y contestó: "No dormimos, señora... Soñamos que un gran peligro nos amenaza... El fuego arde, el caldero está sobre la llama y los criados afilan sus cuchillos."

No se han dormido todavía, pensó la hechicera y se alejó. Dió unas vueltas por el palacio y volvió de nuevo al dormitorio de los patitos.

¿Hijitos, estáis durmiendo?, volvió a decir. Y el patito menor dijo: En nuestros sueños vemos el fuego ardiendo, la marmita sobre la llama y a los criados afilando sus cuchillos."

¿Cómo es que siempre me contesta la misma voz?, pensó la hechicera. Voy a ver lo que sucede: abrió la ventana para que entrara la luz y entonces el patito menor sin esperar más salió volando como una flecha. La bruja mala mató a los otros dos.

Voló y voló el patito y llegó a donde su madre a la que le contó lo que les había pasado en el palacio del Príncipe. El hermoso Pato Blanco se puso a llorar. A la mañana siguiente le dijo al patito: "Hijo mío, vamos al palacio; tú bajarás al patio y esperarás a que el Príncipe salga para montar su corcel negro; entonces me llamarás a grandes voces y yo desde el aire te responderé."

Así lo hicieron: el patito se posó en el patio; cuando el Príncipe salió acompañado de la falsa esposa y se disponía a montar en su brioso corcel negro, el patito empezó a gritar: Madre, la mi madre, me quieren matar; Madre la mi madre, mis dos hermanitos, en dónde

están? Y desde el aire el hermoso Pato Blanco contestó: "Hijo, vuela vuela, empieza a volar; que ya ni tu padre te puede salvar."

El Príncipe, al oír esto, no montó en su corcel y le dijo a la hechicera: ¿Es posible, Esposa mía, has oído? Y no sé por qué me salta el corazón... La hechicera le dijo: "Esas aves son patos silvestres que pasan una vez al año por estos territorios y vienen de tierras muy lejanas... No te inquietes por ellas..."

Pero el patito se le acercó y posándose a sus pies le dijo: "Si tu fueras mi padre, yo te acompañaría al combate; si fueras mi madre yo te limpiaría el escudo y la lanza"... Y desde el aire, el Pato Blanco dijo: "Díle a tu señora, ¿en dónde tienes mi anillo de boda?"

El Príncipe verdaderamente sorprendido le dijo a la hechicera: "Señora, muéstrame el anillo que te di el día de nuestro casamiento." La hechicera no pudo hacerlo y dió una y otra excusa. Entonces el Pato blanco bajó al patio, se posó al pie del príncipe y presentándole en el pico el anillo de bodas le dijo: "Este es el anillo de nuestras bodas... Aunque no me creas yo soy tu esposa." Al momento el Príncipe vió que de veras el pato blanco era su esposa y el patito, su hijo.

Y entonces dijo: "Blanco abedul, póneme delante y vuelve a tu ser, si tu eres mi dama."

Eran unas palabras mágicas que el Príncipe sabía para deshacer encantos. El pato blanco se convirtió de nuevo en la Princesa y el patito en su hijo. Se abrazaron, se besaron llorando de alegría. La hechicera quiso huír pero un ballestero del Príncipe la atravesó con un dardo.

PARA DICTAR

A. DE S.

LA HUERTA

¡Verde, verde sobre negro!

Largas hileras verdes, negras colinitas de tierra suave.

Desde lejos miro la hermosa huerta. En ella todo da impresión grata de frescura; la tierra, con su negro color de humedad, y las hojas tiernas salpicadas de gotitas cristalinas. Y todo habla del afanoso trabajo del hortelano: ni una mala hierba, ni una pequeña basura; como barridos los caminitos entre las eras, como acabaditos de levantar los montículos negros en donde brilla el verdor de las hortalizas.

Y es la huerta como una esperanza viva nacida del oscuro corazón de la Tierra, pero que colma el corazón del hombre. Porque al mirarla en su verde frescura, se tiene el presentimiento seguro de la abundancia y de la mesa alegre, desbordante de frutos y rodeada de sanos y risueños rostros.

LA HUERTA DE DOÑANA

Personas: Coro de niños. Vendedora de hortalizas (con una cesta). Doñana.

Niños en coro.—Vamos a la huerta del Toro, Toronjil, a ver a Doñana cortando perejil.

Vendedora.—Repollos, cebollitas, rábanos, coliflor. Esparraguitos tiernos, hermosa y fresca col.

Mire las cebollitas, no vaya usted a llorar, prepare un encurtido, que muy bien le sabrán.

Niños en coro.—Vamos a la huerta del ajo y del ají, Doñana Berenjena, se encuentra por allí.

Vendedora.—Berenjenas moradas, apio, culantro en flor; tomates y lechugas... todo de lo mejor.

Cómpreme un rollito de ajos, que se lo vendo barato... Y por si usted no lo sabe, aquí mismo se lo canto:

“En el monte campirano hay un niño franciscano;
tiene barbas y no es hombre; tiene dientes y no come.”

Niños en coro.—Vamos a la huerta; llevemos la tortuga; Doñana está regando las eras de lechuga.

Vendedora.—Zapallitos, zapallos de verde costillar. Chayotes espinudos, ¿me quiere usted comprar?

Mire, ayotitos tiernos para hacerlos rellenos... Y por si lo ha olvidado se lo digo de nuevo:

“Corre como una liebre, se sienta como un conejo.”

Niños en coro.—Vamos a nuestra huerta, vamos a cultivar: zanahorias remolachas, arvejas y azafrán.

Doñana.—Vengan a la huerta, vengan a sembrar y hermosas hortalizas todos cosecharán.

Aunque ya estoy viejita, no tengo ni una arruga, porque en mi mesa nunca me falta la lechuga.

De mi color rosado yo les diré la historia: lo debo a remolacha y a doña zanahoria.

Niños en coro.—Vamos a la huerta del Toro, Toronjil, a sembrar en en las eras culantro y perejil.

CONCURSO: Ilumine la carátula de la revista en lindos colores. Se rifarán 50 premios entre los niños que la manden iluminada al Apartado 758 antes del 15 de Junio.

Nombre _____

Escuela _____

Lugar _____

EN LO QUE F

**ESCENARIO:**

Troncos de árboles de un bosque. Al pie de uno de ellos abre su tienda gris perlá un hongo enorme. La Sapa, dueña de casa, estará muy atareada, barriendo y canturreando.

Sapa.—(Canturreando) Y yo que le estaba haciendo a mi Sapo unos calzones. Un momento me descuido ¡y mi amor que se los pone! Ya es tarde, tardísimo! Y no me acordaba de los mandados... Tengo que ir a la huerta vecina de Tío Conejo a buscar algunos buenos bocaditos para mi marido. Por que mi Sapo es muy goloso. Unas diez abejas y unos cuantos gusanitos gordos no le caerían mal. Los grillos cebolleros en sopa lo vuelven loco! (Toma una canasta y se dispone a salir) Corramos, corramos que el cielo está como lengua de lora, a ver si el aguacero me da tiempo. (Sale).

ARO EL BAILE



(Entra el Hada de la lluvia, rodeada de Gotitas de Agua. Danzan y cantan.)

Gotas.—(En coro). Coronitas de plata, hilitos de diamante, frescura de la hierba, alegría de los árboles. Nuestra madre la Nube sobre el valle nos lleva; el viento en su aita hamaca, nos bambolea.

Hada.—Otras tierras nos esperan, vamos allá; danzaremos entre las hojas del cañaveral; henchiremos las fuentes, las haremos cantar y, camino del río, volveremos al mar. (salen.)

Chapulín.—(Entra saltando) ¡Ay, señor, qué aguacero! Se me ha mojado mi levita verde. ¡Qué casita más apropósito para escampar la que me repara Dios! ¡Quién fuera su dueño! Porque se ve que al

güen ya la tiene ocupada... En fin entremos... que estoy chorreando agua. (Se refugia en el hongo.)

Mariposa de la Col.—¿Y ahora dónde me meto? Ay, mi col, mi hermosa col de la huerta!

Chapulín.—Buenas tardes, Mariposa de la Col ¡Dichosos ojos que la vuelven a ver!

Mariposa.—Soy más torcida que un cacho de venado... Salgo a pasear y llueve y ahora me encuentro con este tipo... (Al chapulín) Buenas tardes, don.

Chapulín.—Pase adelante. Tiene a su servidor y a esta casa a sus órdenes. Y no se quede plantada ahí que el agua le corre por la espalda. Aquí no le cobramos nada por escampar. Entre, entre usted. Mariposita corronga.

Mariposa.—¡Qué le vamos a hacer! (Al chapulín). Con su permiso y muchas gracias.

Chapulín.—Despéñeme que no le ofrezca asiento... precisamente estoy mundándome de casa y los muebles se quedaron en la otra...

Mariposa.—Gracias, no se inquiete, espero que pronto pasará el di-

choso aguacero. Mientras tanto, si usted no tiene inconveniente, le haré compañía.

Chapulín.—¡Encantado! (Canta). Que de dónde amigo vengo, de una casita que tengo a la orilla de un pinar; de una casita chiquita, para una mujer bonita que me quiera acompañarrrrr!

Abejón.—(Entrando despaciosamente). Run run... Esto sí que se llama llover! Hola, compadre Chapulín, con este diluvio y tiene usted humor para estar cantando. (A la mariposa). Ah! Ya me explico... ¡Señoría de la Col, beso a usted la mano!

Mariposa.—Tenga usted muy buenas tardes, señor don Abejón de la Huerta.

Chapulín.—(Al abejón). ¿Por lo visto usted también se dispone a hacernos compañía mientras pasa la lluvia?

Abejón.—Si ustedes no disponen otra cosa. Y dígame Compadre, ¿es suya esta casita nueva?

Chapulín.—Y suya y de la señorita... Ay, compadrito, viene usted hecho una sopa. ¡Más le convendría cavar un hueco en el suelo y meterse debajo de la tierra, no vaya a ser que se resfríe!

Abejón.—No tenga cuidado. Mi capote impermeable me abriga muy bien, mucho mejor que una levita verde y elegante. ¿Y quién piensa en resfriarse estando en tan amable compañía?

Chapulín.—Cierto compadrito, cierto. Sólo que los viejos con nada y nada pescan un catarrito, y...

Abejón.—(A la mariposa). Así es, señorita, créalo; que mi compadre habla por experiencia propia!

Mariposa.—Don Chapulín, por nosotros no se moleste. Váyase y métese en la cama.

Chapulín.—¡Sólo eso me faltaba!

La Mariquita.—(Entra corre que corre). ¡Estoy estilando! ¡Ay, Jesús que chaparrón! Los pies me nadan en las zapatillas. ¿Se puede escampar aquí?

Ay, señor, se me cayeron los polvos, se me despintaron los labios. ¡Estoy hecha un ay de mí! Digo, se puede escampar aquí, sí o no?

Abejón.—Pase usted y siéntese como en su propia casa, el ayote de la huerta.

Chapulín.—¡Mariquita de mi corazón, estás hecha un Pirrís!

Mariquita.—(Entrando). Caramba, qué distinguida concurrencia. Buenas tardes todos. ¿Y usted también por aquí, señorita de la Col?

Mariposa.—La huerta está inundada y mucho me temo que el agua se haya llevado mi casa!

Chapulín.—No se aflija por eso, aquí tiene la mía...

Mariquita.—¿Suya?, don Chapulín? ¡Dichosote! De seguro que se sacó la lotería! Y mírenlo, no había contado nada!

Grillo Cebollero.—(Entra. Traerá un violín o una guitarra). Perdó-

nenme si me meto como Pedro por su casa... ¿pero, quién se va a quedar a la intemperie cuando está cayendo semejante aguacero? Salud, amigos míos y vecinos!

Abejón.—Buenas tardes Maestro Grillo.

Mariquita.—¿En dónde te habías metido, Grillo Cebollero?

Grillo.—¿En dónde iba a ser, Mariquita, sino en mi cebolla. Allí estoy recluido como un ermitaño y sólo salgo por las noches a cantar a la luz de las estrellas... Este diluvio me ha inundado la casa.

Mariquita.—Vamos, amigos, aprovechemos el tiempo y la reunión. Que toque el maestro Grillo y nosotros bailaremos. ¿Qué les parece?

Chapulín.—¡Muy bien, muy bien!

Mariquita.—Pues a tocar y a bailar. Hagamos las parejas.

Abejón.—(A la mariposa) ¿Bailamos, señorita?

Mariposa.—Con mucho gusto... Con caballeros como usted, tan serios, tan respetables, es un honor...

Abejón.—Mil gracias.

(Toca el grillo y comienzan a bailar).

Mariquita.—(Al chapulín al que se le van los ojos tras de la mariposa). Venga usted a bailar conmigo, y no sea pasmado! (Lo toma de la mano y lo obliga a bailar.)

Chapulín.—En fin, a mal tiempo, buena cara.

La Luciérnaga.—(Entrando. Traerá en una mano una lamparita, o una estrella en el extremo de una varita y en la otra una flor). Mirallá, todos mis vecinos están aquí. Si me permiten les alumbró la fiesta con mi lámpara mágica.

Grillo.—¡Por supuesto, Luciérnaga, por supuesto!

Todos a coro.—¡Viva la Luciérnaga del Campo! ¡Viva!

Luciérnaga.—(Danzando). Bailemos el baile del campo con lluvia; las hierbas mojadas ofrecen su olor. Las nubes tendieron sus mantos de plata y el río murmura con sordo rumor. La noche va entrando y en dulces secretos enciende mi estrella de verde fulgor. Su luz son los besos que el pájaro preso, le manda a su novia del campo, la flor!

La Sapa.—(Entrando) ¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva. (Se detiene) Me parece oír música... (Los insectos siguen bailando sin notar la presencia de la sapa). ¡A ver! (Gesto de escuchar con atención) ¡Ah, sí tenía que ser el grillo! A ese no hay que pagarle para que se ponga a rascar el violín. ¿Y dónde será la fiesta? (Camina a saltos) ¡Pero si es en mi casa! ¿Se habrá vuelto loco mi marido? Y miren qué clase de gentuza: Mariposa de la Col, Mariquita, Luciérnaga, Chapulín, Abejón y Grillo! ¡Válgame el cielo!... ¿estaré soñando? (De un salto se planta en medio de los bailarines) ¡Qué es este escándalo, qué es este abuso! ¡Quién les ha dado permiso para bailar en mi casa?

Grillo.—(Huye). ¡Sálvese el que pueda!

Sapa.—(Corriendo tras él). Ya te contaré otra vez, musiquillo detestable!

Mariposa.—¡Ay! (Se desmaya).

Abejón.—No se desmaye usted, señorita, no se desmaye... Mire que no es oportunidad para desmayarse! ¡Jesús, qué apuro!

Sapa.—De aquí no saldrá ninguno para ir a contar el cuento. ¡A ver si siguen comiéndose la huerta, vagabundos, malas fichas! (Corre hacia ellos). Venir a bailar en mi propia casa! ¡Qué atrevimiento!

Mariquita.—¿Pues no me dijiste Chapulín, que esta casa era tuya?

Chapulín.—Mariquita, ahora no es tiempo de dar explicaciones. Veamos como escapamos con vida de esa arrugada vieja de lengua viperina!

Mariquita.—¡Con que así era la historia! (Se santigua). Lo que soy yo no quiero morir todavía... Por aquí, por aquí. (Se escapa).

Abejón.—(Al Chapulín que huye con la Mariquita). Chapulín, Chapulín, mira que la señorita se ha desmayado del susto. Ven, ayúdame a salvarla!

Sapa.—(Salta sobre chapulín y lo agarra de los faldones de la levita). No te me escaparás, saltón saltín!

Chapulín.—¡Ay, estoy perdido!

Mariposa.—(Recobrándose). ¡Huyamos, huyamos, que nos tragará!

Abejón.—¡A prisa, a prisa! (Al chapulín). Ya ves compadre, nada puedo hacer... Pero te encomendaremos a Dios en nuestras oraciones y nunca te olvidaremos.

Chapulín.—¡Por Dios, ayúdenme, ayúdenme!

Luciérnaga.—(Se acerca al chapulín) ¡No te desanimes, amigo!

Chapulín.—(Se arrodilla). Doña Sapa, tenga compasión de mí! Le juro que nunca me volveré a meter en su casa... Le juro que nunca volveré a comerme los tomates de la huerta!

Sapa.—¡Tú pagarás por todos! Que no son pocos los destrozos que habéis hecho en las hortalizas de la huerta de mi señor Tío Conejo!

Luciérnaga.—Sapa aplastada, piel arrugada, ojos saltones, descabezada!

Sapa.—(Suelta al chapulín, que huye). Aguárdate, mosquita muerta! (la persigue, sin lograr darle alcance.)

Luciérnaga.—Sapí, tun tun, de mi corazón; vuelve a tu charca a tocar el son!

Chapulín.—(Desde lejos siguiendo la escena). Ra, ra, ra; ¡no la alcanzará, no la alcanzará! Ra, ra ra.

Sapa.—Gro, gro, gro. ¿Y veréis si apago tu verde farol. Gro, gro, gro.

Luciérnaga.—¡Acharita el baile! Y en lo que paró... (sale.)

TELON (rápido)

C. L. E.

El Afganistán es la patria de muchos de nuestros principales alimentos

Han pensado Uds., por casualidad, en que hace tiempo, muchísimo tiempo, quizá millares de años, en algún pueblo salvaje y primitivo, un hombre o un grupo de hombres empezó a cultivar alguna de las plantas preciosas cuyos frutos figuran en todas las mesas?

Sí, hace millares de años, alguien sembró por primera vez el maíz, o la papa, o el trigo. Ignoraremos siempre quién, o mejor dicho, quiénes fueron aquellos misteriosos benefactores de la humanidad, pero al menos, podrá saberse cuál fué el país y tal vez el pueblo a que pertenecieron.

Algún día se sabrá cuál fué con certeza la patria del maíz, el pan del indio americano, aunque es seguro que fué el pueblo Maya el primero en cultivarlo; en tanto que el Perú fué la patria de la papa, que reina hoy en las mesas del mundo entero.

EL AFGANISTAN, MUSEO VIVIENTE

Tal vez, Uds. nunca hayan oído hablar del Afganistán. Es un lejano país asiático, atrasado y casi impenetrable. Un país del que al final del siglo pasado, esto es, hace apenas unos cincuenta años, un viajero inglés decía que podía considerarse protegido especialmente por Dios el viajero que, habiendo penetrado en él, lograrse salir de ahí con vida.

Bueno, pues ese misterioso país ha resultado ser la patria de muchas de las plantas comestibles que han sido, desde hace siglos y milenios el alimento primordial de muchos pueblos.

Los sabios soviéticos, después de pacientes y minuciosas investigaciones han encontrado que fué sin duda un afgano primitivo quien sembró por primera vez un trigu. El Afganistán es nada menos que la patria del trigo, lo que quiere decir, que es la patria de la civilización. Con ese oscuro y pequeño país parece cumplirse aquello de la Biblia: "Los últimos serán los primeros". Cuando Uds. estudien más, comprenderán que todas las grandes civilizaciones asiáticas y europeas de que la humanidad se enorgullece y que son los firmes soportes en que se asienta la civilización actual, tuvieron como base principal el cultivo del "trigo". Sin el trigo, ni la Caldea, ni el Egipto, ni la Grecia, ni Roma, hubieran sido lo que fueron. Y el trigo se sem-

bró y cultivó antes que en ninguna parte, en el Afganistán. Por eso digo que allí nació nuestra civilización.

El trigo crece silvestre en los campos afganos; y se encuentran en ellos especies y variedades como no se hallan en ninguna parte del mundo, porque el trigo está ahí en su propia patria. Del Afganistán el trigo fué llevado, lentamente, siglo tras siglo, cuando las grandes migraciones de los pueblos, a las más apartadas tierras, en los carros, a lomo de mula, de camellos, de caballos o sobre las dobladas espaldas de los esclavos, y así fué como este precioso cereal llegó a ser el "pan" de casi todos los hombres.

Pero no solamente el trigo ha tenido su origen en el Afganistán. Un grupo de sabios soviéticos, que visitó este curioso país en 1924, encontró que sus mercados son verdaderos museos vivientes. Ahí se encuentran montones de granadas, de melones, de cebollas, de zanahorias, de guisantes, de nabos, de rábanos de las más variadas y raras especies, productos de los campos afganos, y en los cuales los sabios pueden estudiar la historia de muchos pueblos, el origen perdido de muchas civilizaciones antiguas, porque todas esas frutas, verduras y legumbres, son originarias de aquella extraña tierra y fueron cultivadas ahí por primera vez.

Busquen el Afganistán en el mapa para que vean qué largo y complicado viaje han tenido que realizar todos esos frutos, para llegar a nuestras mesas.

Hoy, a la hora del almuerzo, pensando en el remoto antepasado de la cebolla o de la zanahoria que figuran en la sabrosa ensalada, y en el mil veces remoto y lejano antepasado de la humanidad, que hallándolas apetecibles las sembró por primera vez en el remotísimo Afganistán, creo que Uds. convendrán conmigo, en que la historia de tan sencillas legumbres es como un cuento maravilloso.

A. de S.

ADIVINA, ADIVINADOR...

Blanco como el papel,
colorado como el clavel.
pica y pimienta no es.

II

Tengo cabeza redonda,
sin nariz, ojos ni frente,
y mi cuerpo se compone
tan solo de blancos dientes.

III

Verde fué mi nacimiento
nacida entre verdes lazos;
y hoy me vienen a llorar
los que me han hecho pedazos

Soluciones: I.—El rabanito. II.—El ajo. III.—La cebolla.

**SABROSO AL PALADAR
NINGUN NIÑO LO RECHAZA**

GOFICALCIO

da vida!

**DESAPARECE
EL RAQUITISMO**

**FORTALECE LOS HUESOS
Y EVITA LA CAIDA DE LOS DIENTES**

**AYUDA AL DESARROLLO
EN LOS NIÑOS**

**CUÁNTAS
CARAS
HAY
AQUÍ!**

Se pueden encontrar más de veinte en pocos minutos. Ponga un número sobre cada nariz; es un modo de contar las caras que va encontrando. ¡Contando las narices!



¡Atención, atención, Maestros y Niños!

Las calles de nuestra ciudad Capital

No son basureros

Pero hay muchas gentes incultas que tiran papeles, cajas vacías, botellas quebradas, cáscaras de frutas y hasta viejos colchones y animales muertos a las calles, o a los caños o a las aceras.

Usted es un niño culto. Usted no ensucia las calles tirando basuras. Usted recoge las basuras que otros han tirado, las pone en el basurero de su casa y las entrega a los agentes recogedores de basuras para que sean destruidas en el Crematorio. Así contribuye usted a mantener limpia la ciudad en que vive y a mantenerla sana.

Por más que se aumente el personal de limpieza de nuestras calles, si todos los que en ella vivimos tiramos a las calles las basuras, nuestra Ciudad Capital más parecerá un depósito de basura que una población de gente culta, amante de la limpieza y de la higiene.

¿Será su Escuela una de éstas?

Los alrededores de algunas de nuestras más hermosas escuelas están alfombradas de cáscaras de bananos, de cáscaras de naranjas, de papeles y de otras basuras. Eso revela incultura de los escolares que a ellas asisten. ¿Será su escuela una de éstas? Forme con sus compañeros un Club de Limpieza y haga que las calles y aceras de su escuela se mantengan limpias. Eso es ser buen ciudadano.

¿Es usted el culpable?

Muchas son las personas que han sufrido caídas en las aceras al resbalar sobre una cáscara de banano y se han fracturado los huesos seriamente. Si usted tira cáscaras de bananos a las aceras o a las calles usted puede ser el Culpable de que una persona sufra un serio accidente.